

extranjeras,» al paso que su hermano menor y varios amigos rusos que encontró en Italia viajaban como subvencionados por el Estado para estudiar. Pero el diario de este viajero puede muy bien compararse con el de Tolstoi que nos ha ocupado, pues abunda en las impresiones y variadas noticias que recogió en el viaje (1). Mucho debió ganar el boyardo en conocimientos con el trato inmediato del rey Augusto de Polonia, del emperador Leopoldo, de los senadores venecianos, del papa y de los caballeros malteses, trato que debió ser tanto más instructivo cuanto que no tenía aquella etiqueta levantada y aquellas ceremonias que se observan en las relaciones diplomáticas. Le encantó también la bella naturaleza de Italia; describe los terremotos, las erupciones del Vesubio y del Etna; las fuentes termales de Baden, cerca de Viena; observa que el estilo arquitectónico de la ciudad de Florencia se diferenciaba del de Roma y Venecia; habla de las tierras de aluvion de Estiria y del Tirol, admira los ricos cuadros, armas y alhajas del museo florentino; pero no dice nada de la vida popular, de las diversiones y fiestas de los italianos que tanto llamaron la atención de Tolstoi, ni de la plaza de San Marcos: y habla poco de la catedral de San Pedro, si bien describe otras iglesias, entre ellas la «capella dei principi,» entonces en construcción en Florencia. Dedicó también especial atención a describir los conventos, las casas de beneficencia, los hospitales, orfanatos y escuelas. Asistió también a los ejercicios de esgrima, gimnasia y baile celebrados en el colegio de jesuitas de Nápoles, donde fué recibido con grande solemnidad y saludado con discursos latinos. A pesar de todo, se cree que Scheremetyeff observó menos que Tolstoi. No hay en su diario de viaje aquellas noticias psicológico-internacionales que dan realce a las relaciones de Tolstoi. En cambio describe con grande extensión las reliquias de los santos, cosa muy general en otras relaciones, y que prueba que la instrucción de los rusos, principal ó exclusivamente teológica, ofrecía más puntos de contacto con este orden de curiosidades; habla de la casa santa de Loreto, de las manchas de sangre que hay en la escalera de mármol por la cual anduvo el Salvador después de la flagelación; de las reliquias de San Andrés de Amalfi, de la sangre de San Genaro en Nápoles, del líquido de las reliquias de San Nicolás conocido todavía hoy por los viajeros rusos con el nombre de «maná di Bari» y de otras muchas cosas a este tenor. Era Scheremetyeff más antiguo y por decirlo así tenía menos parentesco intelectual con Pedro que Tolstoi y otro viajero de quien hemos hablado en otro lugar y que tenía las aspiraciones enciclopédicas de Pedro.

Este desconocido, que estuvo algún tiempo en Holanda como agregado (2) al séquito de Lefort y era de las personas más distinguidas de la embajada, la dejó en Holanda y emprendió por cuenta propia un viaje parte arriba del Rhin, y después por la Alemania del Sur y los Alpes a Italia, desde donde volvió a Rusia por Holanda y Berlín. Ninguno de los otros viajeros anteriores a él tuvo tanto tiempo para informarse de todas las cosas notables, de los usos y costumbres de la Europa occidental; ninguno dedicó tanta atención a los objetos de la ciencia y del arte como este desconocido (3). No dice en su diario cuál fué el fin especial de su viaje, ni cuál era su posición social; todo lo cual hace suponer que era un viajero por afición. Sin embargo es posible que el Czar le en-

(1) Se publicó conforme al manuscrito del hijo de Scheremetyeff el año 1773.

(2) Él mismo se llamaba «Pristaw,» que puede traducirse muy bien por «agregado.»

(3) Su diario fué publicado con muchos descuidos en el «Noticiero de Moscou,» 1830, tomo II. Véanse más detalles en mis Estudios históricos, pág. 23-25.

viara a Italia para estudiar. Como verdadero viajero de afición, describe las cosas dignas de ser vistas en la acepción general de la palabra y habla de las más heterogéneas. En una botica de Stuttgart vió algunas cabezas de moros conservadas en espíritu de vino procedentes del sitio de Viena del año 1683; en Wiesbaden aprendió todo lo relativo a baños hasta en sus más insignificantes detalles; describe los trajes de las mujeres de Suabia; dice que los ricos de Jena se hacían llevar en litera por las calles; asistió en Amsterdam y Venecia a algunas corridas de toros; en varias otras ciudades a las procesiones, óperas, luchas de hombres que boxeaban y a una recepción del grado de doctor; admiró el espectáculo que ofrecía el papa llevado por ocho hombres en magnífica silla de manos; le entusiasmaron los conciertos celebrados en las iglesias y las producciones musicales; menciona los nombres de algunas cantantes de primer orden, habla de la composición de una orquesta, de las setas que se cortaron cerca de Bolonia, de las fuentes artificiales, parques, estatuas de mármol y edificios magníficos de Florencia y Roma, del príncipe Borghese en Frascati y de la casa de campo del príncipe Pamfilii. Ningun viajero describe con tantos detalles como este desconocido, los preciosos muebles de los ricos holandeses, alemanes y principalmente italianos; le tenían encantado los tapices y ricos espejos que adornaban las habitaciones de los embajadores imperiales en Amsterdam y los de la casa de un senador de Florencia; los ocho dormitorios de uno de los cardenales de Roma; la elegancia de los equipajes del embajador español y los vasos de cristal del elector de Brandeburgo. Notable por más de un concepto es la descripción que hace este desconocido del museo anatómico que vió en Holanda; enumera los huesecitos del órgano del oído; explica el efecto del espejo ustorio, menciona el tamaño de algunos telescopios, el arreglo de bibliotecas, etc. Por último, al lado de su ociosa afición por verlo todo, y de su entretenimiento en los teatros de títeres y en las comedias de perros, encontramos pruebas evidentes de su admiración a las obras del arte, de su deseo de examinar y proseguir las investigaciones científicas, y de la capacidad de su mente para aprovechar los beneficios de la instrucción intuitiva que ofrecen los viajes.

Tales impresiones no podían menos de dar abundantes frutos, según que la mayor ó menor inteligencia y el buen gusto de los viajeros les inclinaban más ó menos a la reflexión sobre la diferencia de civilización entre Rusia y la Europa occidental y despertaran en ellos la afición a la ciencia. Si muchos rusos como Scheremetyeff dirigían su atención principalmente a los asuntos de la vida intelectual, otros como Tolstoi eran capaces de comprender y apreciar el sentido y el espíritu de la vida profana de los pueblos occidentales. Si varios de los rusos que viajaban por Italia, como el autor de un diario de viaje del año 1717, que nos hace suponer sería un Naryschkin, se limitaban en sus descripciones a hablar de la vida de los salones ó de las cortes, ó de tales ó cuales particularidades de la Europa occidental, otros consideraban de suma importancia el estudio de las instituciones más notables de los países más civilizados. Bajo este punto de vista es del mayor interés el diario de viaje de Andrés Matweyeff, que estuvo de embajador en Holanda y Francia en 1705, y manifiesta gran admiración por las costumbres francesas, por la instrucción de aquel pueblo y por sus instituciones (4). Estaba admirado de que el rey no se permitiera actos de fuerza bruta, de que no se ejecutaran arbitrarias confiscaciones de bienes, y de que los príncipes y los nobles señores no

(4) Su relación se halla en un manuscrito en la biblioteca imperial de San Petersburgo. Véase el escrito de Pekarsky en la revista «El contemporáneo,» 1856, lib. II, pág. 39-66.

podieran oprimir al pueblo, porque cada uno estaba bien retribuido y no se permitían los regalos. Habla con minuciosidad de los medios de instrucción en los altos círculos de la sociedad francesa, y dice que los hijos de los ricos estaban bien instruidos y educados; que estudiaban matemáticas, geografía, geometría, aritmética, ejercicios militares, equitación, baile, canto, etc., y que las señoras recibían también una educación muy esmerada; que no se miraba mal que fueran a todas partes, que tomaran parte en las diversiones sociales, que ejecutaran piezas teatrales en casas particulares, cosa que además exigía la correcta pronunciación del francés. Describe las asambleas, las visitas, los bailes y mascaradas, el lujo que desplegaban las señoras, y califica de diversion amena y fina el arte de conversar entre señores y señoras.

De esta manera tuvieron los rusos del período de la transición el aprendizaje más variado. Aunque se les dirigía a la adquisición de habilidades técnicas y por lo tanto a un fin limitado, como les sucedía al mismo Pedro y compañeros en un principio; sin embargo no podían menos de adquirir la afición a educarse, desarrollarse y transformarse.

Que los rusos, aunque no todos, aprendieran a conocer y admirar la Europa, ellos que antes odiaban y despreciaban todo lo que no fuera ruso, era ya un progreso de importancia. No todos utilizaron de igual modo aquella enciclopedia de conocimientos que les suministraban los viajes. El discípulo más aprovechado de la Europa occidental fué seguramente el Czar, y esta circunstancia decidió grandemente de la historia de la Europa oriental. Pero que también otros contemporáneos de Pedro sacaron partido de tales viajes, y que estos produjeron abundantes y ricos frutos, lo prueban los ya mencionados diarios de viajes de Tolstoi, Matweyeff, etc., etc.; lo prueba asimismo el rápido desarrollo que alcanzó Rusia con su descentralización después de aquellos viajes de estudio del Czar y de sus subvencionados; y por último lo demuestra la actividad de los Tatishcheff, Kurbatoff y demás compañeros de aquel príncipe. El objeto principal se realizó solamente en parte, pues posteriormente faltaron hábiles marinos rusos; pero se llevaron consigo algo más que el conocimiento de la náutica; el germen de una civilización superior, el conocimiento de ideales más elevados que el chino-bizantino, el naciente convencimiento, que se iba poco a poco desarrollando, de que Rusia era solidaria con Europa y debía también trabajar en la civilización general y en el progreso de la humanidad que está por encima de todas las preocupaciones nacionales y religiosas.

CAPITULO III

LOS EXTRANJEROS EN RUSIA

A los rusos que se dirigían al extranjero correspondían los extranjeros que iban a Rusia, dando con esto lugar a un cambio internacional. No bastaba que los súbditos de Pedro se instruyesen un par de años en la Europa occidental; se necesitaban también maestros en el propio país. Centenares de técnicos, artesanos, marinos, militares, ingenieros, etc., etc., fueron allá de la Europa occidental en tiempos de Pedro el Grande.

Pero este fenómeno no era tan nuevo como la aparición en masa de viajeros de estudio en la Europa occidental. En esto hizo Pedro, aunque en mayor escala, lo que ya habían hecho sus predecesores. El llamamiento de extranjeros, en gran número, había sido cosa corriente en tiempos anteriores. A esta colonia de extranjeros tenía mucho que agradecer el Czar; pues él fué un verdadero discípulo del arrabal alemán establecido en Moscou.

Según la nacionalidad y clase de extranjeros que predominaban en Rusia y según su influencia, puede dividirse la historia del país en diferentes períodos. En primer lugar hubo «waregas.» Los primeros príncipes quizá fueron escandinavos, ó de la misma procedencia que los rusos; es decir, eslavos del Báltico meridional, pero extranjeros. Después llegaron del imperio bizantino los griegos, los cuales, ya como eclesiásticos y maestros, ya como escritores y sabios, dominaron é influyeron en los círculos sociales; posteriormente vinieron los tártaros que desplegaron su esfera de actividad como empleados de administración é inspectores, como hacendistas y agentes de los Khanes; y por último, es decir, desde el siglo xv, se llamaron de Italia en tiempo de Ivan III, arquitectos, ingenieros, fundidores de campanas, joyeros y médicos. También se necesitaron artilleros extranjeros para la guerra contra los tártaros. Aristóteles Fioraventi de Venecia enseñó en Moscou la fabricación de ladrillos, la preparación del cemento, el empleo de máquinas; fundió cañones y echó un puente sobre un río cerca de Novogorod. Nicolás de Spira, auxiliado de Jordan de Hill, salvó a Moscou por medio de la artillería en el valle del Rjasan cuando la invasión de los tártaros en 1521. En el año 1547 envió Ivan IV un agente al extranjero para contratar médicos, boticarios, cirujanos, abogados, arquitectos, carpinteros, ingenieros, mineros, picapedreros, cerveceros, fundidores de campanas, cuchilleros, fabricantes de corazas, etc., etc. En tiempos de Boris, Miguel, Alejo y Fedor llegaron más mineros, fabricantes de paños, relojeros, joyeros, y aun se pidieron picapedreros. Cuando se trató de construir un buque en 1668 se buscaron carpinteros de ribera, fabricantes de velas y marinos. El trono del czar Miguel lo hizo un carpintero de Nurenberg.

Las minas fueron dirigidas exclusivamente por extranjeros. Los ingleses explotaron en el reinado de Ivan IV las de hierro sobre el Wytschegda y buscaron por encargo del gobierno minas en los alrededores de Perm. Los holandeses dirigieron en tiempo de Alejo la explotación de las minas de cobre de Olonetz y los trabajos de las herrerías de Tula y Kaluga; los ingleses establecieron cerca de Colmogory grandes cordelerías y los alemanes poseían fábricas de papel, de paño, de cristal y de pólvora cerca de Moscou. Los Czares tenían costumbre de pasar horas enteras en los talleres viendo los delicados trabajos de los joyeros y plateros extranjeros (1). También los Rothschild de Rusia del siglo xvi y xvii, los Stroganoffs, llamaron del extranjero médicos y boticarios, cirujanos y artesanos.

Tratándose sobre todo de negocios que exigían un cálculo complicado, un estudio más serio y grande instrucción, como el comercio é industria al por mayor, las relaciones internacionales y la dirección de correos, no podían los rusos pasarse sin la ayuda de extranjeros. Ya dijimos en otro lugar que conocían mucho antes del 1553 el camino marítimo del mar Blanco por Noruega sin que le utilizaran para el comercio (2). En cambio los ingleses, después de la fecha indicada, y los holandeses posteriormente, absorbieron todo el comercio exterior del imperio. Rusia comprendió cuánta ventaja y utilidad le proporcionaban las relaciones comerciales de los europeos de Occidente con Persia por sus propias vías. Un sueco decía, a propósito de la falta de industria de los rusos, que, ó Dios no había querido darles a conocer las excelentes condiciones de su país, ó que ellos no las habían sabido apreciar (3).

Más necesarios eran todavía los extranjeros para los tra-

(1) Fletcher, of the Russe Commonwealth, pág. 26 (edición rusa).
(2) Hamel, Los ingleses en Rusia. San Petersburgo 1865, pág. 12.
(3) Kilburger, Breve instrucción sobre el comercio ruso, en Büsching, Magazin, III, 247.

bajos intelectuales que para el comercio y la industria. En los siglos XVI y XVII se aumentó el número de los médicos y boticarios extranjeros. Boris Godunoff perteneció, con grande satisfacción suya, a la sociedad de médicos extranjeros. A Collins, médico del czar Alejo, se debe un libro muy importante sobre Rusia. En 1678 se envió un agente a Alemania con el fin de contratar nada menos que doce cirujanos: ya un siglo antes de Pedro se había pensado en llamar a los sabios del extranjero. Cuando Boris Godunoff pensó en el establecimiento de una universidad en Rusia, envió a Alemania a Juan Kramer (1600) en busca de profesores. En tal ocasión Tobias Lontzius, profesor de jurisprudencia, felicitó al Czar como al padre de su país, como al príncipe ilustrado llamado por Dios para la gran obra de regeneración del pueblo ruso por medio de las ciencias y de las artes, y un sabio de Königsberg comparó al Czar con Numa Pompilio.

Bajo el reinado del primer Demetrio fueron a Rusia muchos extranjeros. Decía un polaco que siglos antes, hasta los pájaros habían tenido dificultades para penetrar en el imperio moscovita, al paso que en su época acudían en masa los extranjeros.

El gobierno del czar Miguel juzgó tan necesarios los extranjeros para hacer la guerra a Polonia, que envió dos oficiales a Suecia, Dinamarca, Holanda e Inglaterra para alistar 7,000 hombres bien armados. Los oficiales del ejército ruso, de la segunda mitad del siglo XVII, eran casi todos extranjeros, y el gobierno podía fiarse de ellos para el caso de perturbaciones interiores. En momentos de peligro llamó el Czar a los militares del arrabal alemán para que defendiesen su persona.

También se necesitaban extranjeros para los negocios diplomáticos y muchos servían de intérpretes en las embajadas, mientras otros viajaban por orden del gobierno. Hasta los clérigos que vivían en Rusia y los predicadores luteranos hallaban ocupación fuera de su ministerio en el servicio del Czar. Se cuenta de un pastor que examinó y clasificó una colección del czar Ivan IV, que consistía en libros hebreos, griegos y latinos que había hallado tapiada en dos cuevas (1). Durante el reinado del czar Alejo otro pastor fué el primer empresario en Rusia de los teatros y el que dirigió las representaciones del teatro de la corte, en el cual se pusieron en escena asuntos religiosos (2).

Cuando empezó el reinado de Pedro había por todo el imperio extranjeros en gran número. Oleario calculaba el número de los luteranos y calvinistas que vivían en Moscú en unos 1,000. Por el número de los casamientos y bautizos que se hallan inscritos en los registros de las diferentes parroquias, se puede deducir que aquella cifra era insignificante. El arrabal alemán había ya tomado un gran desarrollo algunos años antes de Pedro. Cuando Gordon llegó a Moscú en 1661 y se estableció en aquel barrio, no le llamó mucho la atención; pero en 1678 en que fué a Moscú el polaco Tanner, le encontró ya populoso y rico: entonces había ya en muchas ciudades rusas una especie de «sloboda alemana» y en Arkangel se encontraban muchos extranjeros. Otro tanto sucedía en Wologda, en cuya ciudad fué recibido el embajador holandés, van Kleuck, por más de veinte comerciantes paisanos suyos cuando fué a Moscú en 1675. A mediados del siglo XVII había en Schuja un tribunal de comercio compuesto de ingleses. En Nischny-Novogorod, Yaroslaff, Sserpukoff y en Colmogory había barrios de protestantes. Reutenfel, que estuvo en Rusia del 1671 a 1673, calculó el número de extranjeros residentes en Rusia en

(1) Fechner, Crónica de las parroquias protestantes en Moscú. Moscú 1871, I, 47-48.

(2) El mismo, I, 351-55.

18,000. El número de europeos fué aumentando a medida que iba creciendo el de los que profesaban unas mismas creencias y en conformidad con el aumento de individuos de una misma región (3).

No era pues cosa nueva que Pedro llamara a un gran número de extranjeros por mediación de Lefort, antes de su viaje al extranjero. Por las cartas del suizo a sus parientes ó a Witsen se sabe que con frecuencia se andaban buscando polvoristas, ingenieros, profesores de esgrima, médicos, artesanos y soldados. Lefort decía que se favorecía a los extranjeros; pues encontraban allí buena acogida y mejor recompensa: varios de sus parientes se establecieron en Rusia y pronto se acostumbraron a su nueva patria. Las expediciones de Pedro al mar de Azof dieron también lugar al llamamiento de muchos extranjeros.

En el año 1696 llegaron de Austria a Rusia muchos ingenieros, algunos con sus familias, y al año siguiente salieron de Venecia para Moscú carpinteros que habían de dedicarse a la construcción de barcos. Alemanes, suecos, dinamarqueses y holandeses en gran número, fueron también a Rusia antes del viaje de Pedro. Todos estos eran carpinteros, herreros, fabricantes de velas y de áncoras. En todo esto, así como en el envío por parte de Rusia de los viajeros de estudio, había la idea principal de crear una escuadra. La misión de los viajeros rusos para estudiar en el extranjero estaba en estrechísima relación con el llamamiento de extranjeros a Rusia. Por las instrucciones que recibió Tolstói, y seguramente recibieron también otros viajeros rusos, se observa que tenía el encargo de adquirir dos técnicos para Rusia, y los embajadores que componían el séquito de Pedro llevaban el de contratar en el extranjero capitanes de marina, artilleros y médicos de la armada. Al hablar de las cantidades que se ponían a disposición de los viajeros, se hace también mención del dinero que se empleaba para la recluta de extranjeros. Las cuentas por estos conceptos, nos dan una idea de la situación económica de aquel tiempo.

Fuera de los militares y técnicos que se necesitaban para la marina, hubo también durante el viaje otras especialidades, tales como los jardineros de Riga y la banda de música de Königsberg que instruyó el músico de cámara del mismo electorado. La parte activa que tomó Pedro en estas cosas se colige por la correspondencia sostenida con Vinio, en la cual le rogaba que no retrocediese ante la idea de buscar el número suficiente de hábiles mineros, armeros, cerrajeros y otros trabajadores para los demás metales. Pedro confiaba para esto en el burgomaestre Witsen, y se quejaba frecuentemente de que este contra sus promesas no le enviara la gente pedida. Esperaba hallar mineros en Sajonia; pues los de Inglaterra pedían mucho salario.

Las cartas de Lefort nos dan cuenta del considerable número de militares que debían ser reclutados en el extranjero. Casi siempre se halló rodeado en su viaje de pretendientes que deseaban entrar al servicio de Rusia, y muchos de ellos tenían cartas de recomendación de los parientes y amigos de Lefort. El ejemplo de la brillante carrera del advenedizo había producido en verdad elocuentes resultados. Lefort escribía a sus parientes diciéndoles que tenía orden de reclutar de 200 a 300 personas, principalmente para oficiales de marina y casi siempre estaba ocupado en estas negociaciones.

El mismo Pedro se ocupó con frecuencia en trasladar a Rusia aquellos especialistas que llegó a conocer personalmente; pero no siempre lograba su objeto. Así fracasaron, por ejemplo, sus negociaciones con Steitner de Sternfeld,

(3) Véase mi tratado «Los extranjeros en Rusia» en los Estudios históricos, Riga 1878, III, 74.

con el vicealmirante Schey, con el ingeniero Coehorn y otros. En cambio consiguió que entrara al servicio de Rusia en concepto de vicealmirante, Cornelio Cruys, uno de los más hábiles marineros de su época, de origen noruego, pero que vivía en Holanda hacía ya mucho tiempo. A este le dió la asignación anual de 3,600 thalers (54,000 reales) y otras ventajas materiales. Cruys por su parte aceptó el compromiso de servir 4 ó 5 años, y prestó grandes servicios en la creación de la escuadra. Ivan van Retz, también en calidad de vicealmirante, entró algo más tarde.

Cruys dirigió en Holanda el reclutamiento de un gran número de personas para la escuadra rusa. En primer lugar contrató tres capitanes de barco, entre ellos Pedro van Pamburg que en el año 1699 causó a la Puerta gran terror por su aparición con una escuadra rusa cerca de Constantinopla; además 23 comandantes, 35 tenientes, 32 pilotos de primera y segunda clase, 50 médicos, 66 contramaestres, 15 condestables, 345 marineros y 4 cocineros. Los oficiales eran en su mayor número holandeses, y los demás, suecos y dinamarqueses: entre los médicos, en cuya elección prestó un gran servicio el anatómico Ruysch, había muchos franceses.

Los contratos (1) con los alistados se hicieron en su mayoría durante la estancia de Pedro en Inglaterra. Lefort estaba en esto todo el día ocupado, mientras que Golowin andaba muy solícito en la conclusión de los tratados a que Pedro daba lugar con los compromisos que adquiría en Inglaterra. Allí se reclutaron 60 personas, entre ellas el ingeniero Juan Perry que por espacio de algunos años trabajó en la construcción de canales, astilleros y buques, y describió no solo su vida de Rusia, sino también la situación general del país en un libro que fué muy leído; además se alistaron cierto número de armeros, carpinteros de barco, etc. etc. En varias expediciones llegaron a Rusia centenares de estos alistados. Unos se fueron por mar a Arkangel y otros a Narwa. En los barcos que los conducían iban también los objetos comprados para la nueva escuadra; por ejemplo, 260 cajas de fusiles, 48 fardos de tela para velas, 6 cajas de lana, brújulas, sierras y otros útiles de carpintería, 2,000 libras de corcho, áncoras, etc., etc. (2). Las cajas y los bultos iban marcados con las iniciales de Pedro «P. M.» La creación de la nueva escuadra era un asunto personal del Czar que había emprendido sus viajes, cual otro «Pedro Micaelowitz» como hombre estudioso y que necesitaba maestros.

Parece que Pedro no tuvo ocasión de reclutar gente en Viena; pero fué más afortunado en Polonia donde tomó a su servicio muchos oficiales alemanes. Así consiguió el Czar el objeto de su viaje del modo más cumplido. El número de alistados en aquel tiempo ascendió a 1,000.

Esta emigración de europeos occidentales a que dió lugar el gobierno ruso tenía ante todo una importancia militar. Se trataba de la creación de una escuadra y de la reforma de un ejército. Ya en el siglo XVII se empezó a ver en el llamamiento de extranjeros un medio de educación de los rusos. En este sentido se expresaba el embajador veneciano en Viena, Ruzini, y lo mismo observaba Jordan, el autor de una extensa memoria de viajes que se publicó en 1700 en Leyden, cuando decía que Pedro había llamado tantos técnicos a Rusia «para pulir más a su pueblo.»

Para lograr este objeto había que llamar no solamente

(1) Véase el catálogo en Ustrialoff, III, 104 y siguientes según las Actas. Es también un buen documento de prueba el libro de caja de la embajada, impreso en los Monumentos de las relaciones diplomáticas, IX, 913-1,036.

(2) Véanse los datos del archivo en Ustrialoff, III, 110-176-182. El catálogo de los alistados en Inglaterra según Weber III, 232, es inexacto, y confunde, además, los alistamientos de Holanda con los de Inglaterra.

oficiales y marineros sino también hombres inteligentes en otras muchas cosas. No bastaba adquirir capacidades que emplear en la guerra contra Turquía y Suecia, ni pensar únicamente en una escuadra, en la táctica ó en la estrategia; debían procurarse alcanzar también otros fines. Se necesitaban los muchos constructores de esclusas que iban a Rusia, de los cuales el más conocido fué Juan Perry, no solo para dirigir la escuadra naciente, sino para dar vida a aquel aislado país continental con vías de comunicación que le pusieran en relaciones comerciales con los demás países. Los muchos médicos que entraron al servicio de los rusos (3) no solo podían ser empleados en los hospitales, sino también destinados al progreso y adelanto de la higiene, propagando de esta suerte en la sociedad la historia natural y la medicina, y fomentando el establecimiento de boticas y la erección y conservación de hospitales.

Sin embargo, es seguro que el cuidado de Pedro, después de sus viajes, se dirigía más bien a la acción exterior que a reformas en el interior. Quería a todo trance hacer la guerra; y el conflicto con Suecia dió lugar a que se adoptaran las medidas más eficaces a fin de llevar a Rusia nuevos militares a su servicio. Patkul fué uno de los que más esfuerzos hicieron en este asunto. Pero en aquella ocasión se tuvieron a la vista fines más generales que las intenciones político-militares del Czar. En el manifiesto que se publicó el año 1702, a propósito del llamamiento de extranjeros, dado también a conocer en lengua alemana a la Europa occidental, se decía entre otras cosas: «Es sabido que desde nuestro advenimiento al trono todo nuestro cuidado se ha dirigido a gobernar de tal suerte que nuestros súbditos lleguen a mejorar su existencia por nuestros esfuerzos en favor de la prosperidad pública, y a este fin tratamos de conservar la tranquilidad en el interior, proteger al país contra los ataques exteriores y fomentar el comercio por todos los medios que están a nuestro alcance. Para llenar este objeto, hemos hecho algunas reformas examinadas a la mayor instrucción de nuestros súbditos y a darles más experiencia en los negocios. Pero como estos fines no se han realizado todavía y nuestros súbditos no pueden por consiguiente disfrutar de esa tranquilidad, fruto de nuestros esfuerzos, tenemos que pensar en nuevos medios que den seguridad a nuestras fronteras y tranquilidad a los cristianos. A esto tiende el perfeccionamiento de nuestro ejército.» El llamamiento de extranjeros había sido, pues, un medio para alcanzar este último fin.

Para facilitar a los extranjeros su ingreso en el servicio de los rusos se muestra el Czar en este documento muy tolerante en materias religiosas. «Y como, se dice en el manifiesto, está ya permitido en nuestra residencia de Moscú el libre ejercicio de todas las sectas, por diferentes que ellas sean de la religión que nosotros profesamos, afirmamos nuevamente que no ejerceremos coacción ninguna sobre las conciencias, a pesar de la potestad que nos ha concedido el Todopoderoso, y permitiremos con gusto que cada cristiano se ocupe en el cuidado de su salvación bajo su propia responsabilidad.» Por aquí se ve que se aseguraba a todos el libre ejercicio de la religión (4).

Así como en un principio el mandar los viajeros rusos al extranjero tuvo por objeto únicamente formar buenos marineros y militares experimentados, y luego aquel objeto se

(3) Sobre los médicos y boticarios que entraron al servicio de Rusia, véase Richter, Historia de la Medicina en Rusia, II, 379-440 y III, 1-197.

(4) Esta palabra, observa Dalton al publicar este manifiesto en su obra Historia de la Iglesia reformada en Rusia (Gotha 1805), pág. 7, es medio siglo más antigua que el famoso dicho de Federico el Grande de que en su país todos podían llegar a su manera a la bienaventuranza.